

# RELIGION Y PATRIA

Fundado en el año 1906

Gijón, mayo de 1958

Núm. 1.071

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción  
Cada 5 números mensuales,  
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:  
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988  
GIJÓN

## Muchos años después

AQUEL día, a pesar del sin número de compromisos que me obligaban, todos presenté mis excusas y me negué rotundamente, sin explicaciones. Devolví la entrada del teatro, mandé una tarjeta a mis amiguitas de O., excusándome de asistir a su atentísima invitación al thé y puse al mismo tiempo un telegrama al Tennis Club, procurando evadir la asistencia a la Junta mensual y que terminaba siempre con una brillante recepción. Cuando acabé y me ví sin compromisos por el momento, respiré. Tenía ganas de estar solo, de salir solo a la calle, sin rumbo fijo; ir a donde me daba la gana, por cualquier calle, tal vez en busca de alguna nueva emoción, tal vez quizá porque quería estar solo. Yo mismo no lo sé. Solo puedo decir que cuando me ví solo en la calle y sin tener donde ir, me sentí muy feliz, y metidas las manos en el bolsillo, la vista al suelo, tal vez pensando, pero sin pensar en nada concreto, tomé una dirección como podía haber tomado la del sentido contrario. Y así anduve un gran rato.

Es el día de hoy que no acierto a explicarme porque me dirigí hacia aquella parte. Sin apenas darme cuenta de mis actos me encontré frente al pórtico de la Iglesia de mi Colegio. Donde yo había pasado largos años de mi juventud. Haciendo memoria en el pórtico comencé a pensar el tiempo que hacía que no asistía a ninguna función religiosa de aquellas a las que en mi anterior juventud nunca podía faltar por obligación y por gusto mío. Y los recuerdos comenzaron a atropellar los recuerdos y primero unas cosas y luego otras en desorden se iban amontonando y entusiasmándome en ellos pasé un gran rato.

Como relámpagos vinieron a mi memoria los amigos que entonces tenía, los profesores, muchos de ellos muertos y de los compañeros

de clases, de tantos como eran y que nos creíamos tan unidos para siempre, de ninguno sabía nada desde hacía muchos años. ¡Habrían muerto! ¡Serían seguramente hombres como lo era yo casi! Estarían enfangados en sus asuntos de negocios, de política! Y, ¿cómo serían estos asuntos? ¿Esta política? ¿Serían malos? tal vez; ellos que eran en nuestros tiempos tan buenos; que comulgaban conmigo todos los días. Que inocentemente comunicaban sus pensamientos de ser grandes, para enseñar a los hombres a ser buenos.

Tal vez de todo aquello ni se acordarían. Nunca más los volvería a ver. Que feliz sería si nos volviésemos a reunir en una de aquellas clases, todos para vernos una vez más, para contarnos nuestros mutuos dolores. Pero era ya tarde, cada cual había emprendido su camino y todos teníamos rumbos diferentes.

Y ahora, que contraste, ocupado siempre en negocios de lucro; y esto un día y otro, y otro, siempre igual, siempre materializado, y metido luego en los placeres del mundo creyendo, engañado, encontrar en ellos descanso a trabajo. Sin saber, ciego de mí, que el descanso no está allí. Pero vuelto a la vida del mundo, olvidaré estas consideraciones, estas ideas claras de la verdad y la misma sociedad a la que engañándola pude conseguir verme libre hoy, me reclamará mañana con más fuerza obligándome a ser parte de esa corriente insustancial y ridícula, y ser un muñeco más en el escenario de esta vida que cree abarcarlo todo y loco no vé que sólo consigue vendarse los ojos y dejarse arrastrar por la corriente.

Más, vino a sacarme de aquel éxtasis una música que parecía venir de lo alto y unas voces tan llenas de armonía que sólo los arcángeles podrían imitarlas en sus raptos de místico alborozo.

Un nuevo acorde, más cercano, más fuerte, más amplio, magnífico, valiente, acompañado de un grito arrancado del cielo a los ángeles, se sostuvo como una cascada de armonía inagotable y sonora.

Atraído por aquel milagro entré en la Iglesia. Una emoción grande experimenté cuando pude contemplar el cuadro que se me presentaba. Aquella Iglesia estaba tal como cuando de joven asistía a sus fiestas. Todo idéntico. Por un momento creíme transportado a lejanos tiempos, casi olvidados. Los colegiales, en la misma forma, Los inspectores, como figuras inmóviles, las manos metidas en las mangas de la sotana, a pesar de su inmovilidad no perdían de vista a ninguno, lo sabía yo muy bien; hacían girar los ojos simplemente y de aquella rápida ojeada se imponían de todo; los cristales de los anteojos evitaban escudriñar la dirección de la mirada. Rígidamente, inmóviles, parecían figuras colocadas allí para no ser movidas en los siglos de los siglos. Muchos años llevaba ya ausente de aquella Capilla, y ahora los encontraba lo mismo como si desde entonces no se hubieran movido. Comencé a escudriñar entre los colegiales porque creía todavía encontrarme con mis antiguos amigos, pero vano intento. A nadie conocía; a nadie.

Puse mi atención en un muchacho que leía en el púlpito, y pude darme idea que rezaban el mes de las flores. Aún recordaba algo de aquellas oraciones. Todavía podía seguir algún párrafo. A pesar de los años no lo había olvidado, ¡Qué feliz era yo en aquellos momentos!

Nuevamente volvió a sonar el órgano y nuevamente comenzaron a cantar aquellos ángeles bajados del cielo,

Un torrente de notas agudas llenó la Iglesia, y una voz de niño todavía, suave, armónica, dulce, pero triste a mi parecer, lanzaba sus quejidos implorando de la Virgen, en versos llenos de dolor y de sentimiento, versos que yo recordaba perfectamente, que yo había canta-

do con verdadero entusiasmo y que sentía la verdad amarga de su realidad, ahora más que antes.

*Las flores de la tierra  
suelen morir  
y yo quisiera, Madre,  
siempre vivir.*

y los acordes del órgano apagaban la voz infantil de aquel niño que lanzaba sus quejidos como seguro de que más adelante iba a ver en realidad la verdad de su canto. Y atronadores hacían retumbar la Iglesia, mientras que poco a poco, silenciosamente se iban todos, y la voz armoniosa del órgano se apagaba también. Cuando comencé a darme cuenta de las cosas, todo estaba en silencio y casi a oscuras. Todo se había terminado. Por un momento creí sería solamente un sueño. Pero no, aún sentía en mis oídos los quejidos de aquel niño, aún sentía dentro de mí, la pena de la realidad. Estoy seguro, no fué un sueño.

Después de un gran rato me encontraron los amigos, y sin poder evitarlo, porque no me encontraba con fuerzas, me llevaron en su compañía, y de nuevo me ví enfangado en la intranquila vida, «ridícula», de las costumbres sociales y de las diversiones mundanas. Pero no pudo nadie hacerme olvidar aquella estrofa que me habían cantado los niños del Colegio; ni la música, ni las alegres mujercitas del salón, ni los amigos con sus gracias, me hacían olvidar: «Las flores de la tierra-suelen morir .....

## Carta a un amigo enfermo

Mi querido amigo ... de muchos años:

Llevas enfermo muchos meses, muchas horas de angustia, de desánimos, de depresiones, de dolores. No sé admirar en tí más la resignación o la enorme capacidad de resistencia de tu carácter, enfrentándote con el tiempo. Yo solo sé que en tu caso precisaría de una extraordinaria energía que solo la gracia de Dios podría darme. Tu la tienes, te admiro.

Dios vé todos los días tu sufrimiento moral y material. Vé, también, tus momentos de depresión, los comprende, eres un ser humano con una capacidad de resistencia. Te ves impotente contra el mal ... y esperas, con fé y optimismo a veces, y a veces, también, con escepticismo. Pero esperas,

Sabes que vendrá la salud, la normalidad, los días buenos. O tal vez, si Dios así lo quiere no vendrán. Pero en ese caso. El, que ha seguido tu enfermedad, paso a paso contigo, te

acogerá con los brazos abiertos, para recibirte y ofrecerte una vida mejor para siempre.

«Dios hace sufrir más a las almas que más quiere», dijo un poeta contemporáneo. No lo olvides, el dolor es la palabra de Dios muy cerca de nosotros, es precisamente el sufrimiento y las penas, las que nos dicen que El está a nuestro lado, nos habla, nos da su gracia y su visita nos sigue en los padecimientos ... porque ha puesto su mirada, precisamente, en tí, querido amigo, acercándose a tu vida íntima en el dolor y la enfermedad.

Una mañana, llegó hasta ti Dios mismo en la Eucaristía. Quiso visitarte, darte ánimos personales. Llegó a tu casa, entró en tu habitación, y lo recibiste con el alma dispuesta ... a lo que El quisiera. No te habló, no oíste sus palabras, pero habló a tu corazón; tu lo sabes mejor que los que te rodeaban. Lo comprendiste. Sonaban las campanillas en la escalera. Te sonaban a viático. Dios al visitarte no anunciaba tu muerte, sino tu vida, tu resurrección, tal vez, tu mejoría, para que en el resto de tu vida, estuvieras siempre más cerca de El. O también, vino a buscarte, para que terminasen tus sufrimientos.

Sea una cosa u otra, Dios vino a tu casa para visitarte. Te devolvía una visita. Te devolvía la visita de las muchachas que le hiciste a El.

La vida de todos está en manos de Dios. Deja que haga lo más conveniente. Pídele mucha fé, mucha resignación y la enormidad de tus méritos, adquiridos en el dolor y en la enfermedad que te acercarán más y más a quien un día de viernes Santo sufrió y padeció en presencia de su madre, destrozada por el dolor, por los pecados de toda la humanidad.

Que Dios te dé toda la fé y resignación necesarias que precisas para afrontar las pruebas que Dios dá a las almas que más quiere.

Con un cariñoso abrazo de tu amigo.  
J.

### CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Y el Señor, después de haberles hablado, fué elevado al cielo y se sentó a la diestra de Dios Padre.

Sus discípulos se dispersaron por el mundo predicando a todos, el Evangelio y enseñando a la humanidad cuanto habían visto y oído en aquellos años de su vida con Jesús de Nazaret.

Después, en estilos diferentes, narraron los discípulos los extraordinarios acontecimientos que presenciaron, dejando escritos en los Evangelios, aquellos sucesos, coincidentes todos, y que pasaron de generación en generación a través de los siglos, hasta nuestros días.

Hoy siguen siendo los Evangelios la historia, parece que vivida ayer, de la vida de un Dios, que al vivir entre nosotros, hizo cambiar una época y un modo de vivir.

Con el Nuevo Testamento, se establecieron las bases de una justicia humana, que vulnerada o no por los hombres, habría de ser siempre la norma exacta de unas leyes inmutables y eternas que sería el Código por el cual se iba a regir la humanidad.

Ese Código lo llevamos los hombres todos, y de todos los países escrito en el corazón y nuestros actos son juzgados por esas normas impuestas por Dios, a través de nuestra propia conciencia, que nos habla de lo justo y de lo injusto, de la verdad y de la mentira, de lo que es bueno, de lo que es malo.

Es inútil tratar de sustraernos a ese Código de principios, que fué dictado por Dios, y El que está muy cerca de nosotros, nos va repitiendo constantemente sus leyes, sus mandatos, sus prohibiciones, ayudándonos siempre a levantar y ofreciéndonos sus brazos abiertos en cruz, la paz y misericordia que tanto necesitamos.

Si queréis vivir en paz, con vosotros mismos y con vuestros semejantes, conformemos nuestra vida a los principios de Dios y de su Iglesia, que entonces, lo demás, se nos dará por añadidura.

Varones de Galilea, ¿qué estáis para- dos mirando al cielo? Como le habéis visto subir, así vendrá de nuevo entre vosotros ...

R.

## Los Saltimbanquis

Vestidos de titiriteros recorrían las calles de la población tres niños desme- drados y enfermizos, que malamente encubrían con pintarrajeados harapos el cuerpo, consumido por la fatiga y anémico por los ayunos.

Me detuve, como otros cien, a con- temprarlos. Aquella gente menuda practica- ba al aire libre y sobre dos sillas sus fatigosos ejercicios.

Un corro muy nutrido se formó in- mediatamente.

La «troupe» sólo se componía de dos niñas y un niño. Este contaría unos doce años, y aún parecía más joven; aquéllas podrían tener nueve o diez.

No era necesario preguntar si eran hermanos. Los rasgos característicos de sus fisonomías lo revelaban desde luego.

Una de las niñas, la menor hizo redo- blar su viejo tambor, en tanto que sus otros dos compañeros con brazos cru- zados y en actitud arrogante, se prepara- ban para el trabajo.

Logré colocarme en primera fila, muy cerca de aquel Leotard y aquella miss Leona en miniatura, logrando sorpren- der este diálogo:

—¿Cuatro hemos recogido hoy?— preguntaba el muchacho.

—Ya tenemos dos reales y diez céntimos.

—Si ahora sacáramos otro real, éramos felices. Esta noche cenábamos al pelo.

—Pues de tí depende. Resiste cuanto puedas la plancha de riñones, y tal vez el público....

—Es que estoy desfallecido; todo el día trabajando y sin comer más que un pedazo de pan.

En esto cesó el tambor, y aquellos liliputienses y volatineros interrumpieron su conservación para saludar al respetable público y comenzar sus ejercicios.

Primer número del programa: flexiones y vueltas ejecutadas por la artista Teresa.

La pequeña obtuvo aplausos. Hizo muchas flexiones y terminó con una vuelta elegantísima.

Segundo número: saltos mortales. Este ejercicio estaba a cargo del director de la compañía, que lo hizo muy a gusto de los espectadores.

Y después de unas cuantas piruetas de la muchacha, llegó el efectazo, el trabajo de sensación: la plancha de riñones.

Antonio, que así se llamaba el menudo artista, contrajo sus músculos con energía desesperada. Sus manos se agarrotaron, aferradas al respaldo de las sillas; su rostro se inyectó por la violencia del esfuerzo, y así pasaron diez, quince, veinte segundos, hasta que la fatiga le venció y cayó al suelo desvanecido.

Los espectadores caritativos le ayudaron a levantar; algunos echaron monedas en la bandeja que una de las niñas presentaba, y otros, los más, pasaron su indiferente mirada por el corro y se fueron a sus quehaceres murmurando para sí: ¡Valiente muchachada!

Oscurecía. Ya había terminado el espectáculo, hasta la mañana del día siguiente.

Con el ronco tambor colgado a la espalda y las desvencijadas sillas al hombro, avanzaban aquellos desdichados. ¿Dónde iban? ¡No lo sabían! Durante unos minutos estuvieron indecisos en la elección del camino: por fin, avanzaron hacia la ronda de Toledo, comprando de paso provisiones.

A las ocho de la noche acampaba la caravana en un banco de piedra, camino de Carabanchel. El duro asiento les sirvió de mesa, y después de cama.

¡Y cuidado que hacía frío aquella noche!

Después del refrigerio, se acostaron tiritando, muy acurrucaditos al lado del banco protector, que ofrecía algo así como la ilusión de un abrigo.

Y allí, ¡mentira parece! se durmieron.

Y soñaron, ¡vaya si soñaron! Los sueños relajaron los músculos contraídos por el frío, y aquellas hermosas caritas se iluminaron con una sonrisa.

## La Eucaristía en mis manos

Recuerdo de un emotivo momento, de persecución.

Aquellas manos mías de ardiente juventud ¿son estas que ahora quietas, pálidas, frías, apenas si sostienen, cuando llora la pluma, el peso de los tristes días?

¿Qué conservan de aquellas inefables, dulcísimas huellas que el odio y guerra a Dios pintó un momento, en que viril de estrellas fueran del sacrosanto Sacramento?

¡Mis manos pecadoras!  
¿Por qué Dios ese premio inmerecido os dió en tan tristes horas?

¿Y son éstas las mismas? ¿Pues qué ha sido de aquella luz y miel embriagadoras?

¿Todo lo borra el tiempo? ¿Es que tan necio soy yo, que haciendo alarde de mundanal valor, como un cobarde aquél favor desprecio, y de mis manos borro aquella tarde?

¡Mi soberbia perdóname, Señor!  
No mires con rencor mis respetos humanos!  
¡Si han de servir para ofender tu amor, que pierda yo mis manos!....

Hermenegildo Rodríguez

El ángel de los ensueños gratos derramaba su dicha por entero en aquellos corazones.

Sus padres habían resucitado; su madre los tenía acostados en una cama limpia y blanda, y a los trajes míseros y andrajosos sustituían otros flamantes, bordados de lentejuelas de oro y de sedas de colores.

Eran grandes artistas y ganaban el dinero a montones.

Julia y Teresa, sobre todo, habían logrado realizar su ideal; comprar una hermosa muñeca, juguete que no habían visto en sus manos desde que se murió su pobre madre.

En lo más agradable de estos sueños sonó la voz áspera del sereno, que decía:

—¡Arriba, granujas! ¡A otra parte con la borrachera!

De pronto, la indecisa luz de su farol besó aquellos rostros pálidos por la fatiga y demacrados por el hambre; y el sereno, a pesar de su rudeza, sintió que de los ojos pugnaban por saltarse dos lágrimas.

—¡Pobrecillos! — exclamó — ¡Qué frío deben tener!

Sólo vaciló un instante, el preciso para acordarse de su hijo, y quitándose el capote, cubría con él los ateridos cuerpos de aquellos tres ángeles.

Y, sentándose al lado del grupo que tan pronto le había cautivado, veló paternalmente el sueño de los inocentes y desventurados artistas acróbatas.

Comentando

## UNA VISITA AL MONASTERIO del ESCORIAL

La revancha de San Quintín

El pasado Sábado Santo, tuve ocasión de hacer una visita al Monasterio de El Escorial, tumba de nuestros Reyes, cargado de historia patria, y hoy centro turístico de primer orden en la vida moderna que vivimos, en la que el heroísmo, la sangre vertida, la vida íntima de una época y unas personalidades, son objeto del curioso fisgoneo internacional como complemento de unas vacaciones retribuidas. Los tiempos de ahora son así.

Yo quise repasar un poco la historia y me fuí al Escorial.

El frío hacía pareja con aquella mole imponente que hablaba de una época que la historia recoge con apasionado detalle.

Hube de pasar por la «aduanas» del turismo que en forma de funcionarios atentos y prontos a responder a cualquier pregunta, exigían, no obstante, el billete de entrada a los secretos funerarios de nuestros monarcas.

La cola, moderna organización de nuestros tiempos, nos colocó en fila india para recoger los billetes; pero al poco tiempo, un número grande de autocares, comenzó a invadir El Escorial. La habitación donde la cola imponía sus fueros, fué invadida por una avalancha de personas, jóvenes en su mayoría, con los clásicos trajes de turismo, hablando un francés de todas las regiones de nuestro vecino país, que avanzando arrollador en compactos grupos de varios centenares; imponiendo la fuerza de su mayoría, e invadiendo todas las dependencias del Monasterio, ya que el personal era muy reducido para atender con la prontitud deseada a tanto invasor de más allá de las fronteras.

Los franceses arrollaron toda organización y desbordándose por todas partes, ocuparon el Monasterio. Sus gritos, sus voces, sus arengas, nos hablaban de los derechos de la juventud que exige siempre, sin pensar en los derechos ajenos. Recorrí como pude varias salas e Iglesia del Monasterio, y por todas partes, oí el idioma francés. Ni una sola palabra de nuestro idioma. Algunas veces, se acercaban a mi y me preguntaban alguna cosa en su idioma. Había que contestarles en el suyo, no podían comprender que hubiera españoles en El Escorial. El Monasterio había sido ocupado por los franceses.

CONSEJO

PARA LA MUJER

Ya tenemos próximo el verano. Y con ello el vestuario femenino sufrirá las modificaciones de la época. Un vestuario que da lugar a muchas consideraciones, muchos comentarios, y muchas veces, también desagradables consecuencias.

¿Quiénes son los responsables de ello? No hemos de señalar con el dedo, pero si sabemos quienes son. Unas veces, la debilidad de los padres, otras.... ellas mismas. Y ahora nos preguntamos ¿qué responsabilidad ante Dios tienen estas mujeres que con su manera de vestir....? ¿Meditarán en las consecuencias? ¿Tendrán responsabilidad distinta que los hombres?

Quiera Dios iluminar las almas de las mujeres católicas para que no se dejen llevar de las modas veraniegas y lleven en su modo de vestir el sello de su fé y de su religiosidad, que han de manifestar no sólo en los actos de la mañana en la Iglesia, sino también, en todos los momentos de su vida. La discreción y el recato siempre fueron un arma magnífica de la feminidad mucho más apreciada por el hombre que el des-coco y la desvergüenza. Y perdonen

Menos mal que no todas tienen la indiscreción de la moda veraniega, pero sí nos extraña, que esa moda que provoca el comentario a su paso, esté muy extendida, incluso, entre muchas jóvenes y alguna dama que parecen tener en poco su estimación, disfrazándose con ello de lo que no son en modo alguno.

Este comentario y consejo tal vez sea un poco fuerte, pero pudieran ser más fuertes y graves las consecuencias. A la mujer discreta sé que no le ofenden mis palabras. La que no lo sea que medite. Y la paz.

J. M.

**ALMACENES LA SIRENA**

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA  
CONFECCIONES - ALGODONES  
Corrida, 81 GIJON Moros, 56

**JOYERIA-PLATERIA-BELOJERIA**

**Vda. de Melchor Osorio**

Relojes, joyas y artículos  
para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

**Antigua Funeraria**

— DE —

**Feliciano Rodríguez**

(Fundada en 1884)

La más antigua de la provincia

Moros, 40 Telf. 17-20

**GIJON**

**VINOS PARA MISA**

y selectos para mesa

**AGUSTIN SERRANO**

COSECHERO

**MANZANARES**

Proveedor del S. Vaticano

V SUSTITUTO

**Arbués**



Materiales de CONSTRUCCION

Planchas ACANALADAS

de CUBRICION

**CARBONES**

Covadonga, 27 Teléfono 1817

**La**

**Caja de Ahorros de Asturias**

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

**CASA INFANTIL COVADONGA**

Pola de Gordón (León)